

R. FONTANARROSA

Negar todo

y otros cuentos

Negar todo y otros cuentos es la última recopilación de relatos inéditos del gran humorista rosarino Roberto Fontanarrosa.

En este libro, Fontanarrosa vuelve a hablar de fútbol, de su Rosario natal, a la que le atribuye la invención de la picada, de la cotidianidad porteña. Lo hace a través de cuentos como *El Pampa*, *El hombre elefante*, *Lunfardía* y *Mamá Susana*. Y lo hace con el estilo coloquial y sencillo de siempre: no faltan las mesas del bar El Cairo, epicentro de su vida rosarina junto a sus amigos, los galanes, ni las conversaciones masculinas con una pelota como centro del universo.

Roberto Fontanarrosa nació en Rosario en 1944, y murió en la misma ciudad en julio de 2007, casualmente en vísperas del «Día del amigo», un día muy significativo para él.

Ejerció el humor desde el dibujo y desde la literatura con igual eficacia y destreza técnica. Desde el primigenio *¿Quién es Fontanarrosa?*, primera recopilación de sus chistes gráficos —título elegido porque hasta entonces sólo era conocido por lectores de la revista cordobesa *Hortensia* y de publicaciones rosarinas con las que colaboraba—, toda su obra gráfica y escrita apareció en Ediciones de la Flor. Cuando el director editorial de uno de los grandes sellos transnacionales le propuso cambiar de editorial el Negro bromeó: «Si les pasa algo a los editores de la Flor... pero que parezca un accidente». El accidente que motivó ese cambio fue la prematura muerte del autor...

Treinta y dos tomos de *Inodoro Pereyra*, once de *Boogie el Aceitoso*, las compilaciones en tapa dura de estas dos historietas, tres novelas, doce libros de cuentos, las ilustraciones para una edición anotada del *Martín Fierro*, para el libro de crónicas futboleras de Juan Sasturain *El día del arquero*, para *¡Fontanarrosa, entregate!* de Rodolfo Braceli, para los del humorista colombiano Daniel Samper Pizano *El sexo puesto y Risas en el Infierno* y para *Fútbol increíble* de Luciano Wernicke, marcan una vida creativa unida indisolublemente a Ediciones de la Flor por más de cuarenta años. Por eso la aparición de su libro póstumo que es el que Ud. está a punto de comenzar, significa la renovación del placer de leer un Fontanarrosa inédito, publicado por la Editorial elegida por él durante toda su vida.

Los cuentos incluidos contaron con el ajuste y la revisión final de quien había cumplido la misma tarea en todos sus libros anteriores.

El procedimiento normal con cada libro de narrativa del Negro Fontanarrosa que publicó *De la Flor*, era así. Él me enviaba su texto dactilografiado con correcciones manuscritas que hacía en una primera revisión, y dejaba en mis manos lo que en cine se llama el «corte final». Se rehusó siempre a controlar las modificaciones introducidas que, por supuesto, eran sólo formales, sintácticas u ortográficas. En una oportunidad le dije que uno de los cuentos contenía la base de una novela, y a los pocos días me contestó: «Sí, es la base de una novela... que no voy a escribir nunca: publicalo así».

En algunos casos negociábamos la inclusión o no de algún relato que me parecía menos logrado, y siempre llegamos a acuerdos sobre eso.

Cuando nos informatizamos, el mecanismo siguió siendo el mismo, con la diferencia de que los originales venían en archivos adosados a *e-mails*.

El Negro siguió ideando y creando hasta el final de su vida: al no poder escribir en el teclado, dictaba sus cuentos a quien lo hacía y los leía para que se introdujeran sus correcciones.

El 12 de junio de 2007 le escribí un *mail* en el que le decía que estábamos al tanto de sus novedades clínicas y jurídicas y le preguntaba si no quería enviarme los catorce que tenía listos para irlos viendo y corregirlos y le aclaraba, con el fin de evitarle tanta exigencia, que Kuki insistía en que «no era imprescindible llegar al número ritual de 25, porque eso generó a veces libros muy gordos».

A eso contestó el 19 de junio que de a poco seguía escribiendo, que «ya hay 21 cuentos y tengo las ideas para 4 más». Y logró llegar, con su último aliento, a los 25. No al-

canzó a hacer la reescritura final de todos, lo que obligó a un trabajo más exigente de ajuste, hecho con la misma fidelidad a los textos e ideas que había aplicado en todos los libros anteriores. En el mismo archivo en que estaban estos textos había una lista de «Posibles cuentos», así titulada, con temas enunciados en pocas palabras, algunos de los cuales llegó a desarrollar e incluir.

Su estilo y lenguaje inconfundibles, están aquí con la misma vitalidad de cada libro suyo.

DANIEL DIVINSKY

Roberto Fontanarrosa falleció el 19 de julio de 2007.

Woody Allen dijo de un libro suyo que se publicaría en forma póstuma o bien después de su muerte, según lo que aconteciera primero. Al Negro Fontanarrosa le habría encantado ser el inventor de esta frase y haberla aplicado al tomo que el lector tiene en sus manos.

Después de tres libros de novelas y once de cuentos, se publica, fatalmente, el último volumen de relatos de Roberto Fontanarrosa. Aparece, sí, en forma póstuma. Meses antes de fallecer, en julio de 2007, el autor se propuso dejar terminados los canónicos veintidós a veintiocho cuentos que componen cada uno de sus libros. Esta vez resultaron veinticuatro, todos ellos profundamente *fontanarrosianos* en su estilo, sus temas, su lenguaje y en el originalísimo ingenio que ya ha hecho del dibujante y escritor rosarino un clásico del humor contemporáneo en lengua española.

Por estas páginas desfilan escenas familiares que de repente se disparan por caminos delirantes, parodias deliciosas, episodios de sonriente ternura, adorables personajes cómicos, diálogos de asombrosa vitalidad...

Las notas que dejó el Negro revelan que primero imaginaba la trama completa de cada cuento: peripecia, protagonistas, ambiente y desenlace; luego escribía unas pocas palabras a modo de guía o recordatorio, y a partir de esos elementos creaba después sus piezas.

A pesar de las limitantes circunstancias de su enfermedad, el Negro trabajó en estos 24 cuentos que ahora se publican, con esfuerzo y entusiasmo, hasta el último día de su vida. Si bien el tiempo no le permitió aplicarles la sintonía fina, su editor histórico y amigo lo hizo con el mayor respe-

to y fidelidad a su escritura y estilo, como siempre, con la convicción de que no se podía privar a sus lectores del acceso a esta obra.

Negar todo es el último libro de Fontanarrosa y, además, es su libro último. Pero podría haber sido, en el peor de los casos, el penúltimo, pues un documento de su computadora registra ideas para treinta y cuatro cuentos.

La vida no le dio tiempo para escribir más. Nos quedó en deuda.

Sin embargo, a lo largo de sus sesenta y dos años zurció una obra genial de más de doscientas ochenta historias, que las de *Negar Todo* complementan de magistral manera.

DANIEL SAMPER PIZANO

EL PAMPA

—El tipo que nunca se ha ligado un pelotazo en los huevos no puede entender lo que es el fútbol —dijo el Doctor, también en voz baja y en tono desdeñoso.

—¿Lo dice por mí? —preguntó Oliva, herido y señalándose el pecho.

—Las minas, por ejemplo —terció el Lulo—. Siempre con ese asunto de los dolores del parto y esas pelotudeces.

—Lo de la mamografía, lo de la mamografía —se anotó el Tesorero, que deambulaba por el salón, las manos en los bolsillos, pateando distraídamente flores marchitas—. Eso donde les aprietan una teta con una morsa.

—¿Lo dice por mí? —insistió Oliva, que no dejaba de mirar al Doctor.

—Una prensa, con una prensa se las aprietan —se rio el Lulo, algo fuerte, como para merecer un chistido reprobatorio del Doctor—. Perdón —reconoció.

—Eso debe doler, sin joda.

—Pero nunca como un pelotazo.

—Y ni siquiera los pelotazos fuertes —se acercó, divertido, el Tesorero—. ¿Viste esas pelotas débiles que te pican casi entre los pies, suben y apenas te tocan los huevos desde abajo, como un tincazo?

—Huy... —se apretó la entrepierna el Doctor—. Esos te matan. Al principio parece que no te hubieran hecho nada...

—... Pero enseguida empezás a sentir frío, después calor y un dolor de la concha de su madre —aportó Eugenio, mientras llegaba del buffet con un vasito de café caliente

—. ¿Quieren? —mostró el vasito de plástico a los demás. No le dieron bola.

—Eso de no entender el fútbol... —reiteró Oliva, constante, mirando al Doctor—. ¿Lo dice por mí?

—Sí —aceptó el reto el Doctor, siempre conservando el tono bajo de voz—. Porque si uno jamás ha jugado un partido de fútbol no puede hablar así del Pampa, al reverendo pedo.

El Doctor era un estudioso de las palabras y su efecto. Había remarcado el vocablo «reverendo», lo que le confería al «pedo» una reverberación mayor, e incluso una dignidad eclesiástica.

—El que habló siempre al pedo —Oliva también era un respetuoso de las palabras y su repercusión: por algo manejaba la biblioteca del club— fue el Pampa. Siempre se fue de boca. Usted coincidirá conmigo en que no fue nunca un tipo cauto.

—Eso es verdad —meneó la cabeza, apesadumbrado, el Lulo, que había optado por sentarse junto a los demás con un resoplido de cansancio—. Era muy jetón.

—Hablaba adentro y afuera de la cancha —se fortaleció Oliva—, adentro y afuera de la cancha...

—¿Y qué quería que hiciera? —se exaltó el Doctor, olvidándose del cansancio de la noche en vela—. Si los que jugaban con él eran mudos. El Mono no hablaba... —el Doctor se fue tomando cada uno de los dedos de la mano izquierda, para graficar el recuento. Esa mano que algún día el Flaco Calogero definiera, poco académicamente, como un «racimo de pijas»—..., el Pechuga era autista... y el otro, el Saborido, no gritaba ni los goles...

—El Saborido... —el Lulo rio entre dientes, restregándose los párpados, los brazos y las piernas cruzadas, recostado sobre el respaldo de la silla metálica, como disponiéndose a dormir.

—¿Qué quiere que hiciera el Pampa? —insistió el Doctor—. En la cancha alguien tiene que hablar, ordenar, man-

dar...

—Pero él no hablaba sólo con los compañeros... —
apuntó Oliva.

—Por supuesto que no hablaba sólo con los compañeros. Hablaba con el referí, porque alguien se lo tiene que charlar al referí para que estos hijos de puta no te cobren cualquier cosa, y también con los contrarios...

—A eso voy...

—... Con los contrarios, para hacerlos calentar, ponerlos nerviosos...

—Las veces que lo echaron por eso —recordó Oliva.

—Sí —dijo el Lulo—, pero casi siempre se llevó a uno de ellos.

—Era vivo —resopló Eugenio.

—Muy vivo.

Se hizo un silencio, se escuchaba la respiración pesada del Lulo. Quizás ya estuviera durmiendo.

—Está bien, está bien —pareció aflojarse Oliva—. Yo no me refiero tanto a lo que el Pampa hablaba adentro de la cancha...

—Es que todo viene en un mismo paquete, Oliva —el Doctor ablandó el tono como valorando el cambio de actitud del bibliotecario—. Si usted quiere en su equipo a un jugador explosivo, sanguíneo, temperamental, que se puede cargar el equipo al hombro...

—Como en el partido contra Cremería —pareció despertar súbitamente el Lulo.

—... Como en el partido contra Cremería —jerarquizó el aporte el Doctor— y tantos otros... Bueno... entonces usted tiene que aceptar que ese jugador también sea calentón y desbocado. No como Peralta, ese pecho frío que puede jugar muy bien pero al que nunca lo van a echar porque tiene clericó helado en las venas.

Eugenio volvió a reír entre dientes.

—Clericó helado —susurró.

—No voy a eso, no voy a eso —Oliva se apoyó la mano derecha sobre el pecho—. Partidos son partidos y admito que a veces los jugadores están a mil...

—Mirá a Zidane.

—... Yo me refiero a lo que hablaba el Pampa afuera de la cancha. Especialmente con el periodismo. Con el diario, en el programa del Gordo o en el canal de cable. Lo que declaró en el programa del Gordo y después repitió en la tele fue una promesa al pedo.

—Al reverendo pedo —el Doctor respaldó su adjetivación, aun concediendo razón a su oponente—; pero esa vez estaba caliente, muy caliente...

—Puede ser —dijo Oliva—. Pero no fue un exabrupto, una cosa impensada. Fue algo reflexionado largamente. Si usted, Doctor, me dijera que eso lo dijo el Pampa en toda su primera y larga etapa de joda, desborde y descontrol, se lo creo. Porque era capaz de decir y hacer cualquier cosa, como cuando chocó con el Fairlane de su viejo contra la estatua de Carlos Casado...

—O como cuando lo dejó de seña al padre Augusto... —dijo el Lulo.

—... Al padre Augusto —remarcó Oliva—. Que, usted se acuerda, lo había citado al Pampa para decirle que él era un mal ejemplo para la juventud. Como tantas veces dejó plantada a un montón de gente. La fiesta de Mainero, sin ir más lejos, donde había comprometido su presencia.

—¡Si ni aquí vino! —lanzó una risotada Eugenio, dejando de lado el recato.

—Pero en su segunda etapa —continuó Oliva—, en esta nueva versión del Pampa que conocimos últimamente, no puede pensarse que lo que prometió fue sólo una pelotudez momentánea.

El Doctor quedó en silencio, como el resto del grupo. Se escuchó algo lejos, entrando al salón desde la cancha de básquet, el taconeo enérgico de dos o tres mujeres lle-

vando al buffet platitos y pocillos de café rellenos de servilletitas de papel arrugadas y colillas de cigarrillos.

—El hombre... —vaciló, con el dedo índice en alto, Eugenio— es dueño de sus actos... y... y... ¿cómo era?

—Prisionero de sus palabras —completó Oliva.

—Eso. Prisionero de sus palabras.

El cambio al que se refería el bibliotecario Oliva, esa segunda versión del Pampa Heredia, el «neo-Pampa Heredia» como se dio en llamarlo, se originó cuando el padre del Pampa, don Julio, odontólogo y buen cocinero, se voló una pierna de un escopetazo intentando cazar una codorniz.

—Es raro, porque él es dentista y, por lo tanto, muy habituado a manejar herramientas peligrosas, como el torno —diría después a la prensa su acongojada esposa Nelita, con un particular sentido de las comparaciones.

Lo cierto es que, desde el accidente que pusiera en riesgo la vida de su padre —y a este en silla de ruedas—, el Pampa Heredia cambió completamente.

—Se hizo Atleta de Cristo —había informado recientemente a la prensa el Mono Oyola, su compañero de equipo, imprevistamente elegante, con saco y corbata—. Dejó la noche y una conducta..., digamos, poco profesional... — el Mono elegía cuidadosamente sus palabras, tratando de no ofender la memoria del Pampa—. Comenzó a cuidar su dieta y su aspecto, para comportarse como un verdadero deportista.

La descripción amistosa del ríspido defensor de Atlético Carlos Casado no era necesaria. Al mismo tiempo que toda la población de la pequeña ciudad santafesina se condolía por el accidente de caza de su dentista preferido, también se congraciaba con el cambio producido en el Pampa, hijo mimado de todo el pueblo. Hubo quienes afirmaron, incluso, que lo habían visto concurriendo a las misas del padre Augusto.

—Ya no le falta, pa' completar, más que ir a misa e hincarse a rezar —consta que tarareó un día el tanguero Elías

Ribonatti, director técnico de San Martín de Carlos Casado, clásico rival del equipo del Pampa y permanente víctima de sus goles.

De pelo corto, castaño, sin los reflejos dorados que habían europeizado su aspecto, sin el arito en la aleta derecha de la nariz, de remera sobria y pantalón vaquero, el Pampa ya no era ese habitual parroquiano del Vudú, bar de moda frente a la plaza principal, del otro lado de la iglesia, a la derecha de la Municipalidad. Se lo extrañaba allí, tras tantos años ocupando los veranos las mesas de la vereda, de camisa floreada abierta casi hasta el ombligo, mostrando el pecho peludo sobre el que flotaba media medalla de dudoso dorado que compartía con su novia eterna, la Norma.

—Pobre chica —solían comentar adolescentes y veinteañeras, con un dejo de sorna, conmisericordia y envidia—; seguro que el Pampa le es muy fiel...

Y el Pampa, desfachatado, como era en la cancha, algo guarango como casi siempre fuera de ella, se quedaba en el Vudú a la vista de todos, hasta la una de la mañana, desafiando las opiniones sobre su conducta y el enjambre de catangas y cascarudos atraídos por las luces del centro. Se quedaba charlando con el Tato, el Cabeza, Alvarito, el Pacú y Armando mientras los porrones de cerveza se acumulaban frente a ellos como bolos de una cancha de *bowling*. Desde las siete se quedaba instalado allí el Pampa presenciando la vuelta del perro de las niñas en torno a la plaza por esas cuatro calles que a esa hora se hacían peatonales. El Pampa se acostaba prácticamente en su silla —era de caña con apoyabrazos— y utilizaba otra para apoyar los pies descalzos, las zapatillas importadas abandonadas bajo la mesa. Desde allí sonreía y saludaba a las mujeres, cualquiera fuere su edad, que giraban varias veces alrededor de la plaza, de a tres o de a cuatro las más jóvenes, para ver al ídolo.

Intercambiaba maldades con sus compañeros de mesa, chistaba o gritaba delicadezas tales como: «¿Ya no me co-

nocés, guacha?», a las que, fingiendo desdén o indiferencia, lo ignoraban con la mirada. Se contorsionaba para mirar a sus espaldas cuando, desde los coches que doblaban en la esquina de Belgrano y 25 de Mayo, mujeres desenvueltas sacaban la cabeza por la ventanilla y le gritaban: «¡Chau, Pampa!». Pasada la medianoche, el Pampa y sus amigos partían, casi siempre en la rugiente cuatro por cuatro negra, bruñida, del futbolista, hacia el Miramelindo o el Yalú, cuando no se largaban en busca del Casino de Tres Arroyos.

—Lo que pasa —confesaba ahora en rueda de futboleros Damián Gutiérrez, su descubridor y director técnico— es que el Pampa tenía un físico privilegiado. Incluso ya cercano a los treinta años podía chupar, comer de todo y hasta no entrenar durante una semana, que no lo afectaba para nada. O lo afectaba muy poco. Me consta que jugó partidos después de haber estado encamado toda la noche, y la hizo de goma. Y no digo encamado con su novia eterna, a la cual quería pero lo aburría soberanamente. Digo con las locas de la casa de Rita o las del piringundín de Boquete, allá en Las Varillas. Eso sí —hizo la salvedad Gutiérrez—, yo sabía que venía a jugar después de una noche de joda o de escolazo, porque le gustaba mucho el escolazo, pero lo ponía lo mismo porque, pasado de sueño o medio en pedo, adentro de la cancha hacía la diferencia. Y además, nunca se fue de joda, también me consta, antes de un partido importante, como contra Nueve de Julio de Maciel, Cremería o estos putos de Carlos Casado, a quienes se cansó de cargarlos a goles. Es decir, siendo sinceros, se cuidaba en esos partidos donde sabía que iba a estar la prensa, que podía haber periodistas de Córdoba, de Rosario, de Buenos Aires, o también representantes de los clubes de primera.

—Llegó un momento en que Carlitos se había ido de mambo —el padre Augusto cumpliría ochenta años el próximo octubre pero empleaba un lenguaje que, él suponía, lo acercaba a una juventud que paulatinamente se iba ale-

jando de la Iglesia; llama «Carlitos» al Pampa porque lo conoció desde el bautismo—. Ya no era sólo cosa de trasnochadas, mujeres o alcohol. Ya se había metido, como fatalmente iba a ocurrir, en la droga, en los estimulantes, en la anfetamina.

El padre Augusto entrelazó las dos manos sobre la rodilla de la pierna derecha, que cruzó sobre la izquierda. Anunciaba así, si se quiere, que estaba empezando a ligar la anécdota con una enseñanza de vida.

—Y mire —continuó— cómo son de complejos los caminos del Señor. Cuando, pese a mis consejos, ya estaba a punto de caer en el abismo de la perdición, el Señor puso ante él ese accidente lamentable que sufrió su padre. De allí en más, Carlitos pasó a ser otra persona, a cuidar su físico y su alma, a confesarse todos los domingos, a acostarse a las nueve de la noche. Fue entonces cuando lo vino a buscar Independiente...

—Si la gente de Independiente —dijo el Doctor— lo hubiera visto poco antes de lo del viejo, en aquel programa del cable con el Gordo Salomón, no se lo llevaba...

—Ni en pedo —aprobó Oliva.

—No podía ni hablar, no coordinaba dos palabras seguidas, refunfuñaba, se confundía...

—Abotagado, los ojos enrojecidos...

—Inconexo.

Tres veces había venido a buscarlo Independiente, dos Huracán y una San Martín de Mendoza. Decían, incluso, que lo había venido a ver el Pato Pastoriza. Y eso cuando ya el Pampa no era muy pibe, tendría veinticuatro, veinticinco años, pero salía siempre goleador de la Liga.

—Pero los porteños no son boludos —el Lulo, ya algo más despejado luego de tres pocillos de café y un fernet con coca, recogía miguitas de pan de sándwich que había sobre la mesa—, no son boludos. Mirá si van a comprar a un jugador, aunque no sea por una cifra millonaria, sin ave-